

Philippe Lafargue, *Fiers d'être démagogues! Ce que nous pouvons apprendre de la démocratie athénienne*. Paris: Buchet-Chastel, 2022, pp. 363 (Con cuadros e ilustraciones). ISBN 978-2-283-03442-2.

Mariana Franco San Román

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
(Argentina)
mfranco@cbc.uba.ar
<https://orcid.org/0000-0003-4321-1505>

Como herederos de la cultura política de la antigüedad, ya sea de los valores republicanos romanos, ya de los democráticos atenienses, la reflexión política de la actualidad nos lleva a algunos a volver a dichas raíces para entender mejor el presente. Esto es lo que procura hacer Philippe Lafargue en su último libro *Fiers d'être démagogues! Ce que nous pouvons apprendre de la démocratie athénienne*. El historiador plantea que lo que nosotros llamamos “demagogia” en realidad se trata de un elemento cosustancial a la democracia y que esta, lejos de haber tenido una edad de oro en tiempos de Pericles (s. V a.n.e.), en realidad tiene en su interior el germen de la crisis constante. Los antiguos, en ese sentido, según Lafargue, podrían enseñarnos a comprender mejor el fenómeno democrático tal como lo vivimos hoy en día; es por eso que el libro, signado por una estructura en anillo, comienza y cierra con una reflexión sobre la actualidad.

El volumen se divide en tres partes, cada una de las cuales, a su vez, reúne entre dos y tres capítulos. Cuenta además con un epílogo, unas conclusiones y un anexo sobre el vínculo entre la palabra griega *demagogía* y el populismo.¹ La primera parte, “Ce qu'est la démocratie ancienne”, se divide en dos capítulos. El primero, “La naissance de la démocratie athénienne... et des démagogues”, realiza un breve *racconto* sobre el origen de la *politeía* y de sus instituciones características (la asamblea, las magistraturas por sorteo o por elección, los tribunales, etc.), para luego centrarse en el afianzamiento de la palabra *demokratía* como modo de nombrar el emergente régimen, en oposición a otras *politeíai* como la oligarquía y la tiranía. Al respecto, el autor sostiene que el avance de la democracia, pues, se condice con el enfrentamiento paulatino con los otros dos regímenes políticos antagónicos y, simultáneamente, con una mayor representación en el arte. Por otra parte, Lafargue parece tomar cierta distancia de los especialistas que consideran que en su origen *demokratía* era un vocablo con una connotación negativa, al citar el testimonio de Esquilo (*Las suplicantes* v. 604) y la existencia de dos personas llamadas Demócrates hacia el 470 a.n.e. (2022, pp. 34-35). Finalmente, el historiador se explaya sobre la cuestión léxico-etimológica y comienza analizando la ambigüedad de uno de los formantes, *dêmos*. Este lexema puede dar cuenta de las aldeas suburbanas que conformaban el Ática, de la comunidad política en su totalidad y de las clases más bajas en la escala social. y la distinción en particular entre las últimas dos acepciones resulta difícil (Lafargue, 2022, p. 43). Al tratar el segundo formante, *-agogós*, el autor, sin embargo,

1 En la presente reseña seguimos las normas de transliteración que sigue la fonética griega y respeta la acentuación original de las palabras, tal como lo indican las normas de la revista; de allí que pueda verse un criterio diferente al utilizado por el autor reseñado.



toma distancia de la postura predominante entre quienes han tratado la cuestión de la *demagogía* y que la ven en su origen “neutra”;² considera necesario cuestionarla, ya que es posible reconocer una “connotación política” negativa y casi todos los autores que la usan tienen una postura ideológica adoptada (2022, pp. 44, 46).³ El *dêmos* de *demagogós*, sostiene Lafargue (2022, p. 45), debe ser siempre entendido como el grupo socio-político y no como la comunidad política toda y, por ende, los demagogos son “auténticos demócratas”. Un breve análisis que realiza de la palabra *demagogós* lleva a Lafargue a afirmar que en el siglo IV el término conserva su connotación negativa, pero al mismo tiempo se asocia a la idea más general de “volverse popular”, de “hacerse amar”, un sentido que será a menudo utilizado más tardíamente, pero que siempre se asocia a la seducción y a la fuerza de la persuasión (2022, p. 51). Quizás se deba al análisis vertiginoso del vocablo en unas pocas páginas el hecho de que el historiador afirme que en el discurso 27 de Lisias “buen demagogo” es un oxímoron o que renuncie a explicar cómo puede ser que Teseo sea descrito como “demagogo” en el *Encomio a Helena* por Isócrates. Ambos casos merecen un estudio pormenorizado.

En el capítulo 2, “Une démocratie autre”, el historiador se encarga de repasar algunas de las principales diferencias entre la democracia ateniense y la moderna: la oposición democracia directa/ democracia representativa, los procedimientos de elección por sorteo, la necesidad de alternar en los cargos y la falta de profesionalización en algunos cargos y la libre circulación de la palabra (*isegoría*), su conexión con la necesidad de su veracidad (*parrhesía*) y el procedimiento de la *graphè paranómon*, un proceso judicial que tenía por fin analizar la legalidad de la propuesta realizada por algún orador. Quizás el mayor atractivo de este capítulo es cómo Lafargue dota de profundidad histórica la cuestión al repasar el modo en que los ideólogos políticos del siglo de las luces y del periodo revolucionario (Benjamin Constant, Alexis de Tocqueville, James Madison, Alexander Hamilton, Jean-Jacques Rousseau) buscaron en la representatividad un modo de evitar que el pueblo gobernara directamente, es decir, detrás de todo, y a pesar de la revolución, hay una concepción antidemocrática del pueblo y paradójica de la democracia (2022, p. 59). Con respecto a la elección por sorteo, en la modernidad nuevamente una concepción aristocrática terminó por triunfar al fundar la constitución de una *élite* gubernamental separada del pueblo (2022, p. 65).

La segunda parte, “Voyage en *démagogia*”, se divide en tres capítulos en donde analiza la estereotipia de los demagogos fundada en la caricatura de la comedia antigua. Su objetivo, claramente enraizado en su formación de historiador, es determinar qué es lo que nos puede decir esta caricatura de la democracia antigua y de los demagogos (2022, p. 85). En el capítulo 3, “Abominables démagogues”, Lafargue sostiene que estos políticos se caracterizan por sus orígenes poco recomendables (es un esclavo o se dedica a una actividad servil), se definen por el medio socio-político del que provienen (opuesto siempre a los *kaloì kagathoî*) y carecen de virtudes. El capítulo parte del presupuesto de que Cleón es el estereotipo del demagogo y el autor cruza lo afirmado por Aristófanes sobre el líder con lo que sostienen otros comediógrafos.⁴ Lafargue se ocupa, por un lado, del aspecto que le parecen adjudicar los poetas, en particular del pelo rojo y las cejas, y, por

2 Connor (1992 [1971]); Canfora (1994); de Ste. Croix (1996 [1971]); Lane (2012); Hornblower (2012); Pazé, (2016 [2013], p.114).

3 Esta postura ya ha sido la defendida por Lossau (1969); Zoepffel (1974); Saldutti (2015). Resulta llamativo, sin embargo, que cuando cita los versos 191-193 de *Caballeros* de Aristófanes, *demagogía* es traducida como “conduite du peuple” (Lafargue, 2022, p.144).

4 Este fue justamente el objetivo que Dale se propuso en su tesis de doctorado en 1999, la cual parece desconocer Lafargue.

el otro, de los rasgos asociados a distintos animales como la gaviota y el perro para, finalmente, analizar los rasgos vinculados con el ámbito sexual y su feminización.

En el capítulo 4 “Les bas-fonds d’Athènes”, el historiador explora la crítica de Cleón como curtidor y la infravaloración que supone del trabajo manual; luego se centra en la hipótesis que funda la diferencia entre un antiguo y un nuevo modo de hacer política en función del origen de la riqueza de los líderes, una postura que el historiador rastrea hasta George Grote y cuyo actual exponente es David Rosenbloom.⁵ Después de hacer una breve exposición sobre los distintos posibles orígenes del mal olor que Aristófanes le adjudica a Cleón, Lafargue se centra en la acusación de no ser un verdadero ciudadano, posiblemente por el origen de la madre, un rasgo que comparten los líderes populares en sus representaciones cómicas. El autor reconoce acertadamente que esta acusación *ad hominem* es compartida con los filósofos y con los oradores (2022, p. 117) en tanto que todos buscan descalificar a su adversario. Es por medio del análisis de las fuentes del siglo IV a.n.e. que Lafargue reconstruye el árbol familiar de Cleón y demuestra que el político y su familia para ese entonces gozaban de buena reputación en la ciudad, según algunos autores. Con respecto, finalmente, a la oposición entre antiguas y nuevas fortunas, este conflicto a los ojos del autor se fundaría en un “trasplante” de un proceso histórico del siglo XIX e.c. a manos de Grote. En realidad, sostiene Lafargue, lo que nos encontramos quienes estudiamos la Atenas clásica es que somos víctimas del efecto que tienen las fuentes: en verdad en la Atenas del siglo V a.n.e. la movilidad social era un hecho, *i.e.* no estaba mal vista como ocurría en la época de Grote, y los demagogos estaban “bien integrados a la alta sociedad ateniense” (2022, p. 128). En el último apartado del capítulo, Lafargue plantea la relación entre lo real y la comedia y al respecto adopta cierta perspectiva “carnavalista” del género, tal como la que encontramos en Carrière, pero complementada con un punto de vista que considera que la comedia es una invectiva institucionalizada y una forma de control informal de las clases altas.

El capítulo 5, “Si près du peuple: des paroles et des actes”, parte de la aparente ruptura con la propia clase que los demagogos como Pericles o Cleón parecen haber realizado. Habría sido un rasgo que ellos mismos habrían resaltado en su propio discurso en busca de la conformación de un vínculo exclusivo con el *dêmos* que enfatizará su lealtad y que es ridiculizado por los comediógrafos por medio de la apelación al vocabulario erótico. Luego se centra en la ignorancia y el anti-intelectualismo que los poetas le confieren a Cleón, los cuales refuta basándose en el discurso que Tucídides le adjudica, en testimonios posteriores, como es el caso de *Bruto* de Cicerón (28-29) y en la indudable influencia que los sofistas tuvieron en la educación de las *élites* en el siglo V a.n.e. Después, Lafargue se centra en dos rasgos asociados también a Cleón y su carácter disruptivo: la voz y los gestos. A pesar de ser criticado por autores posteriores como Aristóteles y Plutarco, el cambio de paradigma que supuso el accionar del político —propone el historiador con gran perspicacia— habría respondido, por un lado, a las condiciones a las que se enfrentaba cualquier orador y, por el otro, al deseo de ser escuchado por la mayor cantidad de ciudadanos posible, algo que se condecía con las reformas de Efiltes hacia el 462 a.n.e. y que supuso un cambio en los códigos oratorios. Finalmente, analiza el carácter de *agoraíoi* de los demagogos: el espacio del ágora resulta trascendental para la práctica política del siglo V a.n.e., en tanto se trataba de un espacio democrático de la información.

La parte III está conformada por los últimos dos capítulos dedicados al vínculo entre el pueblo

5 Dada la influencia que el trabajo de Rosenbloom (2002) ha tenido en los estudios de comedia política, sorprende, sin embargo, que no sea citado por Lafargue.

y los demagogos, sus paladines. El sexto, “Le peuple et ses élites”, parte del trabajo de Josiah Ober (1989), *Mass and Elite in Democratic Athens*, quien sostiene que los dirigentes, a pesar de ser miembros de la *élite*, debían probar que eran ciudadanos comunes en sus palabras, actitudes y acciones, es decir, debían ser medidos. Si bien Lafargue concuerda en líneas generales con lo que este plantea, considera que sus resultados deben ser matizados en tanto que analizó el régimen democrático ateniense como un *continuum* y no reconoció que, si bien las instituciones eran las mismas en los siglos V y IV a.n.e., los actores, el contexto y el plano ideológico no (2022, p. 172). En el marco de dicha reflexión, Lafargue asocia la postura de Finley, quien sostiene que el vocablo “demagogo” tendió a convertirse en un sinónimo de dirigente, independientemente de las ideas que defendiera, con la de Ober. Sin embargo, lo cierto es que, si Finley (1988 [1962]) en función de su objetivo de escribir historia despoja de toda connotación a los “demagogos” para que se refiera simplemente a los líderes, Ober en realidad adopta una postura intermedia a las que comúnmente se encuentran sobre esta cuestión y afirma que el vocablo puede adoptar un sentido positivo o negativo según el contexto, pero esto no quiere decir que signifique simplemente “líder”; es un vocablo para dar cuenta de estos, pero tiene una connotación. Ante la cuestión de un supuesto enfrentamiento entre una facción democrática y otra conservadora, tal como lo testimonia la *Constitución de los atenienses* aristotélica y que Reverdin (1945) retoma, Lafargue lo rechaza de plano. Según el historiador, los agrupamientos políticos se inscribían en el marco de los vínculos de sociabilidad ordinaria (heterías, fraternías, asociaciones profesionales o culturales, etc.) y, por ende, los cambios de opinión no eran algo excepcional. Ante el enfrentamiento entre pobres y ricos, el supuesto fundamento de la pugna entre facciones, Lafargue rechaza una lectura marxista y afirma que los partisanos del *dêmos* estaban lejos de ser todos “proletarios”. Empero, la *pólis* tuvo que lidiar con el fantasma de la *stásis* (división civil). El autor considera que la inestabilidad anterior a la reforma de Clístenes (508 a.n.e.) -es decir, cuando la *élite* tradicional no hacía lugar al arbitrio del pueblo- era mucho mayor que la que encontramos avanzado el siglo V y el odio de clase se encuentra en los libros claramente partisanos. Asimismo, Lafargue analiza el supuesto rechazo del campesinado -cuya orientación habría sido más conservadora- en contra de los demagogos y también desestima realizar la distinción entre el *dêmos* rural y el urbano, así como cualquier generalización sobre las actitudes políticas de estos grupos. También resalta que ninguna fuente menciona que los campesinos hayan tenido dificultades para participar de las asambleas, de modo que esto influyera decisivamente en la composición y posterior resultado de la reunión.

Luego lidia con la asociación entre la facción democrática y el imperialismo, los tributos asociados a este y su redistribución entre la población. El autor resalta, en contra de lo afirmado por Finley, que la democracia tuvo una existencia y prosperidad más allá del marco imperial y ambos no se opusieron, pues el expansionismo benefició a los grandes terratenientes en tanto devino un medio para que los soldados obtuvieran tierras sin que las propiedades de aquellos fueran afectadas. Lo que sí habría generado resquemores es la redistribución de los ingresos del imperio: según los autores de la Antigüedad las fiestas, las construcciones lujosas y los *misthoí* (pagas) eran un “opio para el pueblo” que les permitía a los demagogos continuar con sus crímenes (Lafargue, 2022, p. 195). Sin embargo, la entrega de las pagas era “más bien la manifestación de una cierta riqueza colectiva, bien administrada y que se podía redistribuir ampliamente” pues el dinero “iba a todos, sin distinción” (Lafargue, 2022, p. 196). Aquí quizás cabría distinguir entre el objetivo y lo que efectivamente ocurría. De hecho, recientemente Sancho Rocher (2022, p. 63) ha diferenciado entre el objetivo que perseguía la imposición de los subsidios y pagos estatales y las secuelas psicológicas y materiales. El último *item* sobre el que reflexiona Lafargue en este

capítulo es la ignorancia y la inconstancia del pueblo, un tópico común entre los críticos de la democracia. El historiador resalta la importancia de los canales de información compartida por medio de la escritura y de la oralidad, el teatro y las numerosas instancias deliberativas, locales, generales, públicas y privadas, así como las festividades; todas estas hacían a la cultura política y conocimiento de la cosa pública. En este sentido, los oradores cumplían un rol fundamental en el proceso de adhesión aprendizaje para la toma de decisiones (Lafargue, 2022, pp. 204-207). Esto lo lleva a afirmar que la ciudadanía de los sistemas representativos se distancia de la ateniense por la apatía, lo que nos lleva al último capítulo.

El capítulo 7, “Le peuple, toujours souverain”, lidia con la cuestión de la participación de los ciudadanos y la expresión de la soberanía de estos por medio de la asamblea. El poder absoluto del pueblo conllevó a un sinnúmero de reflexiones de los pensadores del siglo IV a.n.e., quienes lo asociaron con la tiranía. Lafargue describe sucintamente los medios de control de parte del *dêmos* sobre los políticos (*dokimasía*, *eisangelía*, la elección, el ostracismo, la *graphè paranómon*, e incluso el teatro y los rumores). Cabe destacar la reflexión que realiza sobre la relación entre la democracia y el clamor (*thórybos*) en oposición a la tranquilidad (*hesykhía*). Por otra parte, analiza el uso de la riqueza, ya como instrumento de relaciones clientelares, ya de las liturgias o cargas públicas. La segunda sección de este capítulo se centra en las acusaciones de venalidad en donde Lafargue afirma bastante categóricamente que “es poco probable que las acusaciones fueran fundadas” (2022, p. 217) y que el populismo moderno es heredero de la acusación por el enriquecimiento del hombre público a expensas de la colectividad. Asimismo, ve el teatro como una instancia recordatoria de que, si hay sumas robadas, estas serán devueltas. Claramente las acusaciones de venalidad operan incluso hoy en día como un arma en contra de los oponentes políticos, pero el hecho de que no tengamos más información sobre estas acusaciones, no quiere decir que la corrupción no existiera y la existencia de leyes que penalizaran dicha actividad, implica un deseo por evitarla, pero no más que eso. Sin ir más lejos, tenemos el caso de Fidias, y Tucídides habría mencionado la corrupción de Cleón (*kakourgía*, Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* 5.16.1).⁶ Según Lafargue, la figura del mago financiero y gestor que es el demagogo, un elemento clave en la propuesta de Finley de los “demagogos estructurales” en oposición a la del general parece ser, en efecto, resultado de la representación que nos transmiten las fuentes y no de la realidad. Sin embargo, también es cierto que el estratega y el orador tienen un nivel de institucionalidad distinto. El primero era un cargo electo y colegiado; en cambio, podía haber muchos oradores, pero no necesariamente eran estrategos. Es decir, las figuras podían superponerse –y de hecho Pericles es un claro ejemplo– pero no necesariamente sucedió, tal como Lafargue ha demostrado que sucedió con la alianza Demóstenes-Cleón en el episodio de Pilos, en donde el orador, Cleón, fue quien promovió la estrategia de Demóstenes como general.⁷ Aun así, resulta

6 Cf. Franco San Román, en prensa.

7 Se ha discutido si Cleón finalmente fue electo estratega o no. Murari Pires (2003) propone que ya había sido electo en el 425 a.n.e.; el problema de esta lectura es que conocemos los diez *strategoí* de ese año (cf. Fornara, 1971, p. 59) y Tucídides parece insistir en el carácter extraordinario del nombramiento, pues en ningún momento utiliza el título oficial (ἐξίστατο τῆς ἐπι Πύλων ἀρχῆς, Th.4.28.3, “y renunciaba al mando de Pilos”; ψηφισαμένων Ἀθηναίων αὐτῷ τὸν πλοῦν, Th. 4.29.1, “habiendo decretado los atenienses la expedición a su cargo”, cf. Lafargue (2013, p. 57), Saldutti (2014, p. 145 y n.38). En *Nubes* de Aristófanes (vv. 581-2) el coro afirma que Cleón –Paflagonio– fue elegido *strategós*, pero se trataría del año 424/3 a.n.e. (Fornara, 1971. pp. 59, 61). Fornara (1971, p. 59) sostiene que Nicias no renunció a la *strategía* como magistratura, sino al mando (*arkhé*) de Pilos y no entiende que Cleón sea un

de sumo interés la observación de Lafargue de que la mayoría de las acusaciones se inscriban en el cuadro del control democrático, lo cual supondría la existencia de una vigilancia estricta. En este sentido, es de resaltar el hecho de que los demagogos fueran también sujetos de acusación, pues la inspección que ejercían la harían en nombre del pueblo. Esto lleva al autor a tratar las imputaciones de sicofancia, de delación en interés propio y no de la comunidad. Aristófanes en *Avispas* apunta justamente a los excesos derivados del sistema democrático y eso respondería a un gran aumento de los litigios durante la segunda mitad del siglo V a.n.e., lo que habría dado lugar a un ambiente delator. Ciertamente las fuentes sobre la sicofancia son parciales y siempre consideran dicha actividad como negativa; empero, el autor busca resaltar la importancia dentro del engranaje de la democracia directa. En este sentido Lafargue propone ver al sicofanta como un instrumento de regulación (e incluso de domesticación) política y social, aunque no debe ser idealizado (2022, p. 232). De allí que el historiador enfatice que en la mayoría de los discursos del siglo IV a.n.e. los oradores buscan por todos los medios no mostrarse como sicofantas. Sin embargo, la figura del perro-demagogo, sostiene Lafargue, se aclara y deviene así el guardián fiel de la democracia.

En el epílogo “Le démagogue en contexte” el autor sostiene que los oradores voluntarios, los demagogos, deben ser juzgados por sus actos y no por las acusaciones emitidas por las fuentes tendenciosas y retoma tres elementos clave de estas figuras: la incapacidad que tenían para prever la composición de la asamblea -pues esta siempre variaba-, la persuasión y el rol pedagógico que tenían para que el pueblo finalmente decidiera, y, por último, la capacidad que debían tener para afrontar la opinión fluctuante del auditorio y conseguir la adhesión a su propuesta.

En las conclusiones Lafargue afirma que no puede haber demagogos sin la palabra pública, pero se trata siempre de una figura eminentemente moderna. Según el autor, *Demagogia* “es la mala hija de *Democracia*, no puede existir en un mundo político en donde el ciudadano es reconocido como una entidad autónoma y jamás en las monarquías tradicionales” (2022, p. 245). Esta afirmación contundente debería morigerarse, pues el vocablo ingresó al francés vernáculo (y de allí a las otras lenguas occidentales) gracias a Nicole d’Oresme, quien recurre a la *Política* aristotélica para comprender mejor los eventos contemporáneos y sus instrucciones están dirigidas a los príncipes para que puedan retener el poder (Robert, 1954: *démagogie*; Menut, 1970, p. 44). Sin embargo, ciertamente la demagogia surgió con la democracia. Esto se ve en los testimonios del campo léxico, ya que durante los siglos V y IV a.n.e. estas palabras son utilizadas exclusivamente por autores atenienses y por aquellos que vivieron y estudiaron en dicha *pólis*.⁸

Lafargue enfatiza un punto importante y es que en Atenas los demagogos no eran representantes del pueblo y el empleo de vocablos como *demagogós* o *prostátes toû démou* suponía que las clases bajas no podían gobernarse solas (2022, p. 247). En este sentido, los demagogos no tenían un lugar preciso en las instituciones atenienses, a menos que ejercieran una magistratura (que siempre era temporaria, limitada y colegiada). El punto clave del trabajo emerge con claridad en

undécimo general excepcional (cf. Worthington, 1987, p. 58). Flower (1992, p. 49), por su parte, ve en el tratamiento de Nicias mayor benevolencia que en el de Cleón pues el general sólo habría reaccionado ante éste y no habría presentado ninguna propuesta propia. Sobre la disociación de funciones entre oradores y generales, cf. Hansen (1983, p. 31), Franco San Román (2019).

⁸ No obstante, en la Antigüedad no siempre se aplican a la democracia, como se puede ver con Aristóteles cuando habla de los reyes espartanos y de las oligarquías en general (*Política* 1270b7 y ss., 1305b23 y ss.).

esta sección con el ejemplo ateniense que, aunque parcial e imperfecto, puede ser una fuente de inspiración sobre cómo democratizar las democracias modernas, las cuales pueden ser consideradas como “democracias sin *dêmos*” debido a la crisis de representación. Esto supone que el poder es una propiedad indivisa del pueblo, que nadie puede acaparar pretendiendo encarnar al conjunto de la comunidad (2022, p. 249). Asimismo, el énfasis debe estar puesto en el control popular, característica que emerge a los ojos de Lafargue como la clave de la pervivencia de la democracia durante casi 200 años y que Rosanvallon plantea como necesaria bajo la fórmula “democracia de ejercicio”.

En este marco, Lafargue reevalúa a los demagogos y llega a la conclusión de que la diferencia entre estos y sus adversario se encontraba en las ideas, los demagogos antiguos eran el “brazo armado” de la democracia (2022, p. 251). Sin embargo, después del golpe oligárquico del 404 y a.n.e. y de la restauración democrática del año siguiente, los demagogos perdieron su voz, ya que Atenas pasó a tener un régimen obsesionado como el pasado y buscó el regreso a la “constitución de los ancestros”. El *dêmos* -entendido en términos sociológicos- se integró plenamente a la comunidad política. En el siglo IV a.n.e. los “demagogos” pasan a ser quienes le hablan al pueblo y son acusados de ser insinceros y de buscar volverse populares a cualquier costo (2022, p. 253). A diferencia de estos, en el siglo V a.n.e. los demagogos buscaron disminuir la distancia que los separaba, como miembros de la *élite*, del pueblo y se trataría de una estrategia de comunicación, no de una tentativa de identificación (2022, pp. 253-254). Una afirmación tal puede resultar problemática porque ¿hasta qué punto se puede hablar de estrategia y no de identificación si no contamos con los discursos de estos demagogos? La última sección de las conclusiones hace énfasis en que el régimen democrático directo suponía la participación del pueblo y ello requería una plena educación política que incluía el debate amplio. En el marco de dicho intercambio de opiniones, se da la decisión después de una reflexión. Aquí radica el carácter modélico de la democracia ateniense: en la discusión, en tener tiempo para reflexionar y contradecirse y que esto funcionó y funcionará.

En el breve anexo “Du populisme en *démagogia*?” Lafargue discute la posibilidad de que los demagogos del siglo V a.n.e. fueran populistas. Al respecto retoma principalmente el trabajo reciente de Pierre Rosanvallon, *Le siècle du populisme* (2020). El populismo supone una visión binaria del cuerpo político (el pueblo, por un lado, y otro que se le opone) y el líder populista pretende encarnar siempre el antisistema, al punto de identificarse con el pueblo. Si bien hay una línea fina entre ambos, el discurso demagógico es por esencia variable, según las circunstancias y el público, mientras que el populista se inscribe dentro de una estrategia coherente y sistemática, centrada sobre la idea de pueblo. Asimismo, hay una serie de diferencias entre el populismo moderno y la ciudad antigua: no hay medios de comunicación masiva que denunciar ni cuerpos intermediarios para criticar, en los testimonios que nos han llegado no pervive ninguna crítica anti-*élite* y los demagogos no parecen haber llevado a cabo un programa o ideal revolucionario. El populismo, asimismo, descansa en el sistema representativo, pues “no es el pueblo al poder; es solamente llevar a cabo sus intereses” y eso lo lleva a afirmar a Lafargue que el populismo solo puede existir en una oligarquía (2022, p. 267).

Para resumir, Lafargue parece adoptar una posición semejante a la imperante en la crítica, que suele retomar el trabajo de Finley (1988 [1962]), ya que considera que los demagogos son un fenómeno que surge simultáneamente con la democracia y una fuerza positiva, a pesar de la connotación negativa del vocablo. Si bien no habla de “demagogos estructurales” como lo hace el historiador inglés, su impronta se deja ver a lo largo de todo el libro, en particular cuando busca encontrar el sustrato histórico de los llamados peyorativamente “demagogos” en Atenas. Es esta

perspectiva la que en última instancia puede provocar cierta confusión en el lector, pues habla de demagogos, se centra en el siglo V, pero sus esfuerzos están en establecer una distancia con la noción moderna. Por otra parte, si bien sostiene que hay diferencias entre los demagogos en el siglo V y los del IV, se enfoca sólo en los primeros y las afirmaciones que realiza sobre los segundos son breves y merecerían un tratamiento más desarrollado para evidenciar esta discordancia.

Para resumir, Lafargue en general ofrece un volumen muy rico, bien definido y nutridamente documentado, a menudo beneficiado con comparaciones de la historia de Francia. El uso de fuentes es amplio, pero en general se centra en la comedia antigua y las restantes fuentes son utilizadas a fines contrastivos o confirmadores. Asimismo, realiza algunas afirmaciones un tanto terminantes que recién morigera varias páginas después o incluso en las conclusiones, lo que puede atentar contra la comprensión de la obra. Aun así, Lafargue escribe de manera accesible para cualquiera interesado en la temática, dado que el griego es reducido a su mínima expresión y siempre está acompañado de traducciones, a menudo modificadas por él mismo. En este sentido, el libro se ofrece generosamente al lector ávido sobre la cuestión de la demagogia y la democracia y cumple con lo que promete, una reflexión sobre cómo podríamos hacer las democracias modernas más democráticas.

REFERENCIAS

- Canfora, L. (1994). *Demagogia*. Palermo: Sederio Editore.
- Carey, C. (ed.) (2007). *Lipsiae orationes cum fragmentis*. Oxford: Clarendon Press.
- Connor, W. R. (1992 [1971]). *The New Politicians of Fifth-Century Athens*. Indianapolis: Hackett.
- Dale, S. (1999). *The Representation of Demagogues in Old Comedy* (tesis de doctorado). Swansea: University of Wales.
- Dover, K. J. (ed. com.) (1968). *Aristophanes*. Clouds. Oxford: Clarendon Press.
- Finley, M. I. (1988 [1962]). Athenian Demagogues. En *Democracy Ancient and Modern* (pp. 38-75). New Brunswick/London: Rutgers UP.
- Flower, H. I. (1992). Thucydides and the Pylos Debate (4.27-29). *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 41 (1), 40-57.
- Fornara, C. (1971). *The Athenian Board of Generals from 501 to 404*. Wiesbaden: Franz Verlag.
- Franco San Román, M. (2019). La disociación de funciones revisitada: el testimonio de *Avispas* de Aristófanes. En A.A.V.V. *Actas de las IV Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores de la Antigüedad Grecolatina*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Disponible en: <http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/JIJIAG/IVJIJIAG2017/paper/view/4048>
- Franco San Román, M. (en prensa). *Demagogía y stásis: ¿una relación necesaria?* En Arancibia, Juan Pablo (ed.). *Stásis, tragedia y democracia*. Buenos Aires: Editorial La Cebra.
- Hansen, M. H. (1983). The 'Athenian Politicians', 403-322 B.C. *GRBS*, 24 (1), 33-55. <https://grbs.library.duke.edu/index.php/grbs/article/view/6001/5201>
- Hornblower, S. (2012). Demagogues, demagogy. En Hornblower, S. & Spawforth, A. (eds.) with the assistance of Esther Eidinow. *The Oxford Classical Dictionary* (2 vols.). Oxford: Oxford University Press.

- Jones, H.S. & Powell, J.E. (eds.) (1942). *Thucydides Historiae* (2 vols.). Oxford: Clarendon Press.
- Lafargue, P. (2013). *Cléon. Le Guerrier d'Athéna*. Paris: Ausonius.
- Lane, M. (2012). The origins of the Statesman-Demagogue Distinction in and after Ancient Athens. *Journal of the History of Ideas*, 73(2), 179-200. DOI: <https://doi.org/10.1353/jhi.2012.0020>
- Lossau, M. (1969). ΔΗΜΑΓΩΓΟΣ, Fehlen und Gebrauch bei Aristophanes und Thukydides. En Steinmetz, P. (ed.). *Politeia und Res Publica* (pp. 83-88). Wiesbaden: Franz Steiner Verlag.
- Mathieu, G. & Brémond, É. (eds. trads.) (1063 [1929]). *Isocrate. Discours* (tome 1). Paris: Les Belles Lettres.
- Menut, A.D. (1970) (ed.). Maistre Nicole Oresme: Les livres de politiques d'Aristote. Published from the Text of the Avranches Manuscript 223. *Transactions of the American Philosophical Society* 60(6). Philadelphia: American Philosophical Society, 1-392.
- Murari Pires, F. (2003). Thucydide et l'assemblée sur Pylos (IV.26-28): rhétorique de la méthode, figure de l'autorité et détours de la mémoire, *AHB*, 17, 127-148.
- Ober, J. (1989). *Mass and Elite in Democratic Athens. Rhetoric, Ideology, and the Power of the People*. Princeton: Princeton UP.
- Pazé, V. (2016 [2013]). La demagogia, ayer y hoy. *Andamios* 13(30), 113-132. <https://andamios.uacm.edu.mx/index.php/andamios/article/view/5/5>
- Reverdin, O. (1945). Remarques sur la vie politique d'Athènes au Ve siècle, *MH* 2, 201-212.
- Robert, P. (1954). *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*. Casablanca: Société du Nouveau Littre.
- Rosanvallon, P. (2020). *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*. Paris: Éditions du Seuil.
- Rosenbloom, D. (2002). From Ponéros to Pharmakos: Theater, Social Drama, and Revolution in Athens, 428-404 BCE. *C.A.* 21 (2), 283-346. DOI: <https://doi.org/10.1525/ca.2002.21.2.283>
- Ross, W. D. (1957) (ed.). *Aristotelis Politica*. Oxford: Clarendon Press.
- Saldutti, V. (2014). *Cleone, un politico ateniese*. Bari: Edipuglia.
- Saldutti, V. (2015). Sul demagogo e la demagogia in età classica. Una sintesi critica. *Incidenza dell'antico*, 13, 81-110. <https://www.iris.unina.it/handle/11588/717756?mode=full>
- Sancho Rocher, L. (2022). La política democrática de los subsidios: de Pericles a Eubulo. En Simón, F. M., Pina Polo, F. y Remesal Rodríguez, J. (eds.) *La pobreza en el mundo antiguo*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 53-72.
- Sommerstein, A. H. (ed.) (1997 [1981]). *The Comedies of Aristophanes, vol.2. Knights*. Warminster: Aris and Philips.
- Sommerstein, A. H. (ed. comm.) (2019). *Aeschylus. Suppliants*. Cambridge: Cambridge UP.
- Ste. Croix, G.E.M. de (1996 [1972]). The Political Outlook of Aristophanes. En Segal, E. (ed.). *Oxford Readings in Aristophanes* (pp. 42-64). Oxford/New York: Oxford UP.
- Worthington, I. (1987), Aristophanes' *Knights* and the Abortive Peace Proposals of 425 B.C. *LAC* 56, 56-67.
- Zoepffel, R. (1974). Aristoteles und die Demagogen. *Chiron*, 4, 69-90.